

XVIII Semana del Tiempo Ordinario (Año Par)

Lunes

Mt 14, 13-21

Mirando al cielo, pronunció una bendición y les dio los panes a los discípulos para que los distribuyeran a la gente. Hemos escuchado en el pasaje evangélico que el pueblo había escuchado al Señor durante horas. Al final, Jesús dice: están cansados, tienen hambre, tenemos que dar de comer a esta gente. Los Apóstoles preguntan: "Pero, ¿cómo?". Y Andrés, el hermano de Pedro, le dice a Jesús que un muchacho tenía cinco panes y dos peces. El Señor manda que se sienten la gente y que se distribuyan esos cinco panes y dos peces. Y todos quedan saciados.

Se trata de un prodigio sorprendente, que constituye el comienzo de un largo proceso histórico: la multiplicación incesante en la Iglesia del Pan de vida nueva para los hombres de todas las razas y culturas. Este ministerio sacramental se confía a los Apóstoles y a sus sucesores. Y ellos, fieles a la consigna del divino Maestro, no dejan de partir y distribuir el Pan eucarístico de generación en generación.

Con este Pan de vida, medicina de inmortalidad, se han alimentado innumerables santos y mártires, obteniendo la fuerza para soportar incluso duras y prolongadas tribulaciones. Han creído en las palabras que Jesús pronunció un día en Cafarnaúm: "Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre" (Jn 6, 51).

Por consiguiente, con la multiplicación de los panes, Jesús revela que no vino solamente para dar un pan de la tierra, pero para dar un pan del cielo, un pan que da la Vida eterna. Este pan no es solamente el Pan de la Palabra de Dios, es su persona misma, su cuerpo y su sangre: el don de Dios por excelencia. Jesús revela que aquellos que "comen su cuerpo y beben su sangre permanecen en él y él permanece en ellos".

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)